

El Hombre como un ser Eucarístico: Sacrificio

Para el hombre, el sacrificio es una forma de ser. Es una gran expresión o una primera revelación de la vida misma. Es el contenido espiritual de la vida. Donde no hay sacrificio, no hay vida. El sacrificio está arraigado en el reconocimiento de la vida como amor: como dar, no porque yo quiero más para mí, o para satisfacer un objetivo de justicia (lo que es correcto en sí mismo), porque es la única forma de obtener la plenitud que es posible de mi ser. (cf. Liturgia y Tradición, Schmemmann, 129)

Consideren el hecho que en general la teología, la religión y el entendimiento popular ven el sacrificio como una forma de propiciación, expiación, reparación, y amortización y con razón. Esto naturalmente corresponde con la teología Judeo-Cristiana. En nuestra tradición es el pecado de Adán y Eva que marco el comienzo de la necesidad para la expiación, el desagravio, la reparación y la amortización. El hombre no puede reparar el daño causado por el pecado él solo. En el Judaísmo el ministerio del sacerdote no tenía poder para limpiar la consciencia de la gente. *“Cualquier otro sacerdote se presenta cada día para celebrar el culto y ofrecer continuamente los mismos sacrificios que nunca pueden quitar los pecados (Heb 10:11), porque es imposible que la sangre de los toros y de los chivos quiten los pecados (Heb 10:4). Y es que, según la ley, casi todo debe ser purificado por la sangre, ya que sin derramamiento de sangre no hay perdón.” (Heb 9:22)* Todos los pecados del hombre comienzan con el pecado original. La raíz del pecado está íntimamente atada al primer pecado, esto es, bíblicamente, a la caída de Adán y Eva. Tan pronto como recibimos el entendimiento bíblico del pecado original, el sacrificio es revelado como una forma como el hombre se ofrece el mismo a Dios. Las escrituras nos enseñan:

“Pasado algún tiempo, Caín presentó al Señor una ofrenda de los frutos de la tierra. Abel le ofreció también las primeras crías de su rebaño y hasta su grasa.” (Gen 4:3-4)



El sacrificio es una manera de vida, la misma vida que Dios le dio a Adán y Eva en el principio. Tal vez la expresión más conmovedora de esta verdad la vemos en la historia de Abrahán y su hijo Isaac. Dios le dice a Abrahán: *“Toma tu único hijo, a tu querido Isaac, ve a la región de Moria, y ofrécemelo allí en sacrificio, en la montaña que yo te indicare.” (Gen 22:2)*

Dios no permite que Abrahán haga de su hijo Isaac un sacrificio. Más bien es una prueba para Abrahán y su fe en Dios, aun más, es una prefiguración de la respuesta definitiva de Dios al pecado, la oferta de Su Hijo unigénito. En las palabras de San Pablo, *“Pero cuando llego la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo el dominio de la ley, para liberarnos del dominio de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios.” (Gal 4:4-5)*

Abrahán representa la disposición necesaria del hombre hacia Dios: confiar y entregarse. Dios, en cambio, se entrega El mismo perfectamente y completamente al hombre. En efecto, Dios contiene Él mismo la marca de sacrificio. Él es el preeminente sacrificio. Él es el Regalo Eterno, Él que se ofrece Él mismo, no solamente como propiciación, expiación, y reparación del pecado, sino también como un acto de amortización; pero en resumen en un acto de amor para poder establecer el paradigma del hombre de la misma esencia y significado de amor. Amor es definido y constituido por sacrificio.

“Tanto amo Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él. Lo mismo que Moisés levanto la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, para que todo el que crea en él tenga vida eterna.” (Juan 3:16-17; 15)

Para un hombre expresar amor es innatamente el ser capaz de poder ofrecerse el mismo. El ser un hombre amoroso, es ofrecer primero sacrificio a Dios. Sólo entonces puede él comenzar a amar a su esposa y de ese amor a sus hijos. Por consiguiente, todo hombre es sacerdotal en tanto como ellos aman sacrificadamente. Amar para el hombre es sacrificarse por el bien de otro.

*Padre Alex Valladares
Párroco de San Beda*